

—El es bruto; ella consentida—pensó el kolli—Vienen juntos y, desde luego, caminan juntos; pero así como vinieron se irán. ¡Uno! ¡Dos! Martincho, él; Malica, ella . . . ¡Uf, pestilencia! Pastores de cuchis se roban la miel de las abejas . . . Acaso pronto regresen: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! Martincho, Malica, Martincho, Malica . . .

Por excelente que parezca el lenguaje del awicho, no lo entendieron Martincho y Malica. Martincho le arrancó de un tirón la rama más jovial de la fronda y el viejo se lamentó justamente herido. ¡Pero ya Malica estaba preñada! . . .

¡Chiwá! ¡Chiwá! Dando saltos acrobáticos sobre las piedras, el Chiwanco pitaba febril.

—Es alegre la vida—decía—porque se puede saltar con ella y se la puede cantar! . . .

Mientras trituraba hojitas del renuevo el Achaqo pensaba:

—¡Hay alegría cuando hay abundancia!

De rama en rama cantaba el kalluncho de pecho encendido:

—¡La alegría es don de la inocencia!

Y flores, animales y cosas, entonaban jarawis para la alegría de piés ágiles.

Esta es una de sus parábolas . . .

El toro bramaba ¡mugí! ¡mugí! . . . La vaca respondía ¡múu! ¡múu!

### LA MUERTE DEL CABECILLA

Un largo camino le quedaba por hacer. A la saliente del pueblo, morralla del Tiempo, el cerro dibujaba su cresta rebelde, y al fondo se desesperaba la ciudad antiquísima lamentándose en las campanas de sus torrezuelas . . . ¡San Pedro de Juli! Vieja afición de frailes y gamonales . . . ¡El salía destinado a tumbarla toda, desde sus cimientos! A pulverizar la curpa de sus casas destartaladas. A eso le mandaban los comunarios. Para eso viajó repetidas veces al Limas. Y a lo mismo salía esta vez, y saldría mil si fuese necesario. Nadie estaba a su lado, mientras sus ojos esperanzados contemplaban las hileras de casucas y los moginetes de iichu. Su mujer y sus hijos quedaban ¡esperando! en la chujlla junto al nevado . . .

¿Qué te harás ahora, Emeterio Champilla?

¡Ah! . . . ¡El kelkere! Es mañoso el bribón, pero tú le conoces sus triquiñuelas; has aprendido a conocerlas; a puntapiés te enseñó a que las conocieras . . . ¡No hay miedo! Engañarte ahora no es fácil, aunque a decir verdad tampoco sería raro si te echara tierra a los ojos.

Y caminar, caminar . . . acullicando la cuca de los tristes; alto, membrudo, de ojillos de vizcacha, al andar, se le ensanchaba el tórax y temblaba la musculatura de sus muslos de piedra.

Así llegó a la Prefectura, al Obispado. Así, reverente y macizo visitó al periodista, al abogado, al proindígena. Ante todos expuso la ferocidad con que se roba las tierras de comunidad; la brutalidad con que se trata a los miserables indios, peones y alcahuetes gratuitos del gamonal. Le dan oficios, le regalan promesas, una sonrisa una mirada de estupor. ¡Ah, y si él no estuviera habituado a tanta basura! Pero, en fin . . . ¡Al periódico! El periódico . . . La publicación que abre esperanzas en el corazón del sunka. Ya le